

Ben Okri

El camino hambriento



En el principio había un río. Luego el río se convirtió en camino y se ramificó esparciéndose por el mundo entero; y como antes había sido río, siempre tenía hambre. Una creencia africana cuenta que existen los abiku, niños-espíritus que al sentir el sufrimiento desean volver al más allá, en memoria de una vida idílica. A través de una especial historia y un especial protagonista como hilo conductor, Azaro, un niño-espíritu que decide seguir viviendo, Ben Okri nos muestra la realidad de África y, en cierto modo, la tentación de la muerte para dejar de sufrir o el aferrarse a un sueño. La supervivencia de este pequeño abiku es la de un pueblo y así transcurre esta novela intensa y emocionante, colmada de imágenes fantásticas y duramente reales. Un relato poético en el que el autor consigue una mesurada amalgama entre la tradición oral africana y la cultura occidental, y alcanza el equilibrio entre lo verdadero y un realismo mágico netamente africanos. Todo ello con un lenguaje rico y un alarde de estilo que le ha valido un gran reconocimiento internacional. Ben Okri obtuvo el Booker Prize en 1991 por esta novela, primera parte de una trilogía cuyo segundo volumen es *Canciones del encantamiento* y la cierra *Riquezas infinitas*.

Índice de contenido

[Cubierta](#)

[El camino hambriento](#)

[Primera Parte](#)

[Libro primero](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[Libro segundo](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[Libro tercero](#)

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

Libro cuarto

1

2

3

4

5

6

7

8

Libro quinto

1

2

3

4

5

Segunda Parte

Libro sexto

1

2

3

4

5

6

7

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[Libro séptimo](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[Tercera Parte](#)

[Libro octavo](#)

[1](#)

[Sobre el autor](#)

Para Grace Okri, mi madre y amiga, y para
Rosemary Clunie

Primera Parte

Libro primero

1

En el principio había un río. Luego el río se convirtió en camino y se ramificó esparciéndose por el mundo entero; y como antes había sido río, siempre tenía hambre.

En aquella tierra primigenia, los que aún no habíamos nacido nos confundíamos con los espíritus. Asumíamos numerosas formas. Muchos éramos pájaros. No conocíamos límites. Teníamos fiestas, juegos y tristezas sin cuento. Celebrábamos muchas fiestas a causa de los bellos terrores de la eternidad. Jugábamos mucho porque éramos libres. Y nos entristecíamos mucho porque, entre nosotros, siempre había alguien que acababa de regresar del mundo de los vivos. Volvía inconsolable por todo el amor que había dejado, todo el sufrimiento que no había redimido, todo lo que no había comprendido, y por lo que apenas había empezado a aprender antes de ser atraído de nuevo a la tierra de los orígenes.

Ninguno de nosotros deseaba nacer. Nos disgustaban los rigores de la existencia, los anhelos insatisfechos, las injusticias consagradas del mundo, los laberintos del amor, la ignorancia de los padres, el hecho de morir y la asombrosa indiferencia de los vivos en medio de la sencilla belleza del universo. Temíamos la dureza de corazón de los seres humanos, pues todos nacen ciegos y pocos llegan a aprender a ver.

Nuestro rey era un personaje maravilloso que aparecía algunas veces bajo la figura de un leopardo. Tenía la barba roja y los ojos de zafiro verdoso. Había nacido incontables veces y era una leyenda en todos los mundos, conocido con cien nombres diferentes. Nunca importaban las circunstancias de su nacimiento. Siempre vivía la más extraordina-

ria de las vidas. Es posible hojear los grandes libros invisibles del tiempo y reconocer su genio a través de las épocas registradas y sin registrar. A veces hombre, a veces mujer, forjaba logros incomparables en cada vida. Si es que hay algo común a todas sus villas, la esencia de su genio, bien podría ser el amor a la transformación y la transformación del amor en realidades más elevadas.

Con nuestros espíritus compañeros, aquellos con quienes teníamos una afinidad especial, nos sentíamos a gusto la mayor parte del tiempo, porque flotábamos en el aire aguamarino del amor. Jugábamos con los faunos, las hadas y los seres hermosos. Tiernas sibilas, duendes benignos y la serena presencia de nuestros antepasados nos acompañaban siempre, bañándonos en el esplendor de sus diversos arco iris. Son muchas las razones por las que lloran los niños al nacer, y una de ellas es la separación súbita del mundo de los sueños puros, donde todas las cosas están hechas de encantamiento y no hay sufrimiento.

Cuanto más felices éramos, más se acercaba nuestro nacimiento. Al acercarse otra encarnación hacíamos pactos de que volveríamos al mundo de los espíritus a la primera oportunidad. Profesábamos estos juramentos en campos florecidos y al sabor dulce de la luz de luna de aquel mundo. A quienes hacíamos tales votos se nos conocía entre los vivos con el nombre de abiku, niños de los espíritus. No todos nos reconocían. Éramos los que estábamos siempre yendo y viniendo, incapaces de llegar a un acuerdo con la vida. Poseíamos la capacidad de morirnos a voluntad. Nuestros pactos eran obligatorios.

Aquellos que rompían sus pactos se veían asaltados por alucinaciones y asediados por sus compañeros. Solo encontrarían consuelo cuando retornaran al mundo de los nonatos, el lugar de las fuentes, donde sus seres amados los esperaban en silencio.

Quienes nos demorábamos en el mundo, seducidos por la anunciación de acontecimientos maravillosos, íbamos por la vida con ojos bellos y predestinados, llevando dentro la música de una hermosa y trágica mitología. Nuestros labios pronuncian oscuras profecías. Nuestras mentes se ven invadidas por imágenes del futuro. Nosotros somos los extraños, con la mitad de nuestro ser siempre en el mundo de los espíritus.

Con frecuencia nos reconocían y marcaban nuestra piel con incisiones. Cuando nacíamos de nuevo de los mismos padres, esas marcas, que se prolongaban en nuestra nueva piel, señalaban nuestras almas por adelantado. Entonces el mundo tejía una telaraña fatal en torno a nuestras vidas. Los que moríamos siendo aún niños intentábamos borrar esas marcas, convirtiéndolas en lunares o decoloraciones interesantes. Si no teníamos éxito y nos reconocían, nos recibían con aullidos de temor y llanto de las madres.

Al no querer permanecer, causábamos mucho dolor a nuestras madres. Su dolor se hacía más y más penoso con cada retomo. Su angustia se convertía para nosotros en un peso espiritual adicional que aceleraba el ciclo del renacer. También para nosotros cada nuevo nacimiento, cada choque con la crudeza del mundo, era una agonía. Nuestra rebelión cíclica provocaba resentimiento en otros espíritus y ancestros. En el mundo de los espíritus nos reprendían, en el mundo de los vivos nos señalaban, y nuestra renuencia a quedarnos afectaba a toda suerte de equilibrios.

Nuestros padres siempre intentaban inducirnos a vivir mediante apasionadas ofrendas rituales. También intentaban obligarnos a revelar dónde escondíamos las prendas espirituales que nos ataban al otro mundo. Nosotros desdeñábamos las ofrendas y guardábamos con ferocidad el secreto de nuestras prendas. Permanecíamos indiferentes frente al largo y desdichado alumbramiento de las madres.

Añorábamos un retorno presuroso para jugar junto al río, en las praderas y en las cuevas encantadas. Añorábamos meditar sobre la luz del sol y las piedras preciosas, y gozar del eterno rocío del espíritu. Nacer es venir al mundo agobiados por el peso de extraños dones del alma, con enigmas y con una sensación inextinguible de exilio. Así ocurrió conmigo.

¿Cuántas veces había entrado y salido por el temido portón? ¿Cuántas veces nací y morí muy joven? ¿Y cuántas veces de los mismos padres? No lo sabía. Llevaba encima buena parte del polvo de la vida. Pero esta vez, en algún punto en el espacio entre el mundo de los espíritus y el de los vivos, decidí quedarme. Esto significaba romper mi pacto y ser más listo que mis compañeros. No fue por los sacrificios, por quemar aceites y ñame y nueces de palma, por los halagos, las promesas efímeras de un trato especial, ni por el sufrimiento que había causado. Tampoco por el horror a que me reconocieran. Aparte de una marca en la palma de mi mano, había logrado evitar que me descubrieran. Pudo ser simplemente que estuviera cansado de ir y venir. Es terrible quedarse siempre a mitad de camino. También pudo ser que quisiera probar este mundo, sentirlo, sufrirlo, conocerlo, amarlo, hacerle una contribución valiosa y llevar dentro ese ánimo sublime de eternidad a lo largo de la vida. Pero a veces pienso que fue un rostro el que me hizo desear permanecer. Quería ver aparecer la felicidad en el rostro desolado de la mujer que se convertiría en mi madre.

Cuando llegó el momento en que debían comenzar las ceremonias del nacimiento, los campos situados junto al cruce de caminos brillaban con presencias hermosas y seres esplendorosos. Nuestro rey nos condujo al primer pico de las siete montañas. Nos habló durante largo rato en silencio. Sus palabras crípticas se encendieron como llamas en nuestro interior. Le encantaban los discursos. Con gran severidad, con sus ojos de zafiro resplandecientes, me dijo:

—Eres travieso. Vas a causar un sinnúmero de problemas. Tendrás que recorrer muchos caminos antes de encontrar el río de tu destino. Esta vida tuya estará llena de enigmas. Serás protegido y nunca estarás solo.

Todos bajamos hasta el gran valle. Fue un día inmemorial de festividades. Espíritus maravillosos bailaron a nuestro alrededor al son de la música de los dioses, pronunciando cánticos dorados y encantamientos de lapislázuli para proteger nuestras almas en su paso por los intersticios y prepararnos para nuestro primer contacto con la sangre y la tierra. Cada uno de nosotros hizo el viaje solo. Solos debíamos sobrevivir a la travesía, sobrevivir a las llamas y al mar, y al surgimiento de las ilusiones. El exilio había comenzado.

Estos son los mitos de los comienzos. Estas son historias y fantasías que reposan muy adentro de aquellos que han sido sembrados en tierras ricas y que aún creen en misterios.

Nací no solo porque había concebido la idea de quedarme, sino porque, entre mis idas y venidas, los grandes ciclos del tiempo se estrecharon en torno a mi garganta. Oré por que hubiera risas, por una vida sin hambre. Se me respondió con paradojas. Sigue siendo un enigma el que naciera sonriendo.

2

Una de las razones por las cuales no quería nacer se me aclaró después de venir al mundo. Era muy niño aún cuando vi con asombro que a papá se lo tragaba un agujero del camino. Otra vez vi a mamá colgando de las ramas de un árbol azul. Tenía siete años cuando soñé que mis manos se hallaban cubiertas con la sangre amarilla de un extraño. No sabía si esas imágenes pertenecían a esta vida o a una previa o a una venidera, o si se trataba únicamente de la multitud de imágenes que invaden la mente de todos los niños.

Cuando era muy niño tenía el claro recuerdo de que mi vida se extendía a otras vidas. No había distinciones. A veces parecía estar viviendo varias vidas a la vez. Una vida fluía dentro de otra y todas confluían en mi infancia.

De niño me parecía que agobiaba a mi madre. A la vez, me sentía agobiado por la inescrutabilidad de la vida. Nacer fue un choque del cual nunca me repuse. A menudo, de noche o de día, oía voces que me hablaban. Llegué a comprender que eran las voces de mis espíritus compañeros.

—¿Qué haces aquí? —preguntaba una de ellas.

—Vivir —contestaba yo.

—¿Vivir para qué?

—No lo sé.

—¿Por qué no lo sabes? ¿No has visto lo que te espera en el camino?

—No.

Entonces me mostraban imágenes que no lograba entender. Me mostraban una cárcel, una mujer cubierta de forúnculos dorados, un camino largo, un sol inclemente, una inundación, un terremoto, la muerte.

—Vuelve con nosotros —me decían—. Te extrañamos a la orilla del río. Nos abandonaste. Si no vuelves te haremos la vida insoportable.

Yo comenzaba a gritar, desafiándolos a atacarme con sus peores armas. En una ocasión, mamá entró en el cuarto y se quedó mirándome. Cuando la vi, callé. Sus ojos brillaban. Se acercó, me pegó en la cabeza y dijo:

—¿Con quién estás hablando?

—Con nadie —contesté.

Ella se quedó mirándome fijamente. No recuerdo cuántos años tenía en ese entonces. Después de eso, mis espíritus compañeros se deleitaban enormemente metiéndome en líos. A menudo me encontraba oscilando entre ambos mundos. Un día estaba jugando en la arena cuando ellos me llamaron del otro lado del camino con la voz de mi madre. Cuando me dirigí hacia la voz, un automóvil estuvo a punto de atropellarme. Otro día me atrajeron con dulces canciones hacia una alcantarilla. Caí dentro y nadie se dio cuenta hasta que, por pura casualidad, un ciclista me vio pataleando en el agua inmundada y me salvó de ahogarme.

Después estuve enfermo y pasé la mayor parte del tiempo en el otro mundo tratando de razonar con mis espíritus compañeros, intentando conseguir que me dejaran en paz. Lo que no sabía era que cuanto más me retenían allí, más se aseguraban de mi muerte. Mucho después, cuando intenté volver a meterme en mi cuerpo y no pude, comprendí que habían logrado cerrarme las puertas de la vida. Durante mucho tiempo lloré en el vacío plateado, hasta que nuestro gran rey intercedió por mí y reabrió las puertas de mi cuerpo.

Cuando me desperté, me encontré dentro de un ataúd. Mis padres me habían dado por muerto. Ya habían comenzado los preparativos del entierro cuando escucharon mi llanto feroz. A causa de mi recuperación milagrosa, volvieron a darme un nombre y celebraron una fiesta que no se podían permitir. Me llamaron Lázaro. Pero, como me con-